El Rebelde

Después de no importa cuánto tiempo, lo encontré en una plaza hablando al pueblo. Oidle.

*... Yo fustigo con mi verbo—verbo de armonía y amor—a todos los déspotas y tiranos, y no sólo a éstos, que no existirían si no hubiera siervos que los encumbran. A mí no me gobierna nadie porque yo no he dado a nadie poder para gobernarme. El hombre debe saber gobernarse a sí mismo. Que él solo vaya por la senda que conduce hacia ese futuro con el cual soñamos.

Es necesario ir, pero para ir es necesario ser íntegro. No admitamos que nada que coarte la iniciativa individual so pretexto de que hay que vivir. Antes de vivir a pedazos la vida, es preferible no vivirla... o vivirla en un momento intensamente, plenamente...

Que lo que se produzca no sea usurpado por los privilegiados. Nadie tiene derecho sobre lo que un individuo o una colectividad ha producido con su trabajo sino es el individuo o la colectividad, y sin embargo, ahí estáis vosotros, de los cuales muchos, la mayoría, no habréis comido hoy. Eso debe terminar. Y sois vosotros, cada uno de vosotros, que debéis hacer porque esto termine de una vez y para siempre.

No seais más rebaño de mansos corderos; sed hombres que sienten, piensan y toman de lo mucho que han producido.

Si se os acerca un parásito, el cual, en nombre de un ser que nunca ha existido, os pide resignación para que ese ser os recompense en otra vida, escupidle a la cara y seguid. Si entra, lleno de baratijas relumbronas, el que os dice que vayáis a defender sus intereses, que están en peligro, escupidle dos veces. Si es otro que os habla poco más o menos como yo, pero que os pide vuestro "voto soberano" para él después hacer leyes que os favorezcan, escupidle tres veces y seguid, seguid siempre vuestra marcha. Si quien se detiene a apartar los obstáculos es muy probable que llegue tarde. Si conseguís desasiros de esos tres prejuicios veréis cómo brilla más el sol...

Tomó una copa de agua y continuó: ...Pasad por encima de toda maldad y siempre de frente al sol, que todos los círculos en que quieren envolver los cerebros que piensan no llegan ni siquiera a rozar su epidermis. Hemos sino a nosotros—que nada pedimos de ti sino que seas hombre y no bestia—perseguidos, acosados cobardemente, como perros rabiosos, y que a pesar de todas las masacres, prisiones, y persecuciones; a pesar de todo cuanto hacen por exterminarlos, surgimos siempre—los mismos o nuevos—más fuertes, más viriles, más dispuestos al sacrificio, "que el sacrificio es luz que irradia siempre".

Nuestro puesto es siempre renovado. Caerán uno, diez, cien, mil, pero otros tantos surgen o más. Hacen más ellos con sus torpes medios para que cada ser sea una individualidad, que nosotros.

Estáis fuera de la ley, nos dicen, como si fuera un "terrible" anatema; y pregunto yo: si estamos fuera de la ley, ¿por qué nos la aplican?... ¿Por qué me has de obligar a acatar una ley que ha sido hecha antes que yo viniera al mundo y que, a más de perjudicarme como hombre, ni he pedido ni he aprobado?

Y bien; es necesario que en cada uno se despierte el deseo, el ansia de saber, que cada uno de vosotros medite, anauce, desmenuce y resuelva los problemas que se debaten en todos los órdenes de la vida.

Pero nunca aceptéis nada sin previo análisis. No aceptéis lo dicho por otro solamente porque él lo haya dicho; es necesario que en cada cerebro se acrisolen las ideas por propia deducción; que cada uno haga de su "yo" su "ser", su universo, su dios, su todo, y ese podrá llamarse "hombre".

Os estoy viendo con ganas de que termine para aplaudirme. No quiero aplausos. Nadie debe aplaudir a nadie. Es el génesis de la idolatría. Aun cuando al que se aplauda hubiera resuelto todos los problemas, porque no habría hecho más que cumplir con su deber.

El que os sonría cuando le aplaudáis no es más que un exhibicionista. Cuando se "sienten" las ideas, no se aplauden, se medita sobre ellas, y el pueblo que aplaude a uno que le habla no siente ni piensa, está castrado..."

Una explosión de aplausos acogió las últimas palabras del Rebelde, que se perdió entre la multitud...

A los dos días leí la noticia de su deportación por "peligroso".

BENITO OLABUENAGA

Buenos Aires, marzo 1914.

¿Rompo la pluma? ¿Escribo más?

A M. López, Zoais, E. Carrera y R. Rueda

Ciertamente que, por uno de esos constrastes de que está pletórica la complejidad humana, el alma del rebelde que lucha por un ideal, que es la razón de ser de su existencia, tiende a los sufrimientos, que son sus goces; al martirio, que es su epopeya; a la indulgencia, que es el elixir de su vida; el perdón para sus verdugos, que es el corolario de todas sus virtudes. No de otro modo se comprenden un Espartaco, que sucumbe por el sublime ideal de la redención humana; un Galileo y un Servet estableciendo verdades que hoy son dogmas científicos a cambio de su vida; un Ferrer, que enrojece con su sangre los fosos del castillo maldito por señalar a la humanidad la antorcha, el faro luminoso que ha de conducirla a seguro puerto de salvación.

Pero ante los ejemplos que nos ofrece la historia, ante la realidad de los hechos, que nos dicen con descarnada elocuencia que las fuerzas beligerantes que tenemos enfrente son muy poco delicadas en la elección de armas y aplicación de los medios que han de emplear para combatirnos, yo, enemigo acérrimo de la violencia, pero con lógico sentido de la realidad, opino que hay que arrancarse el corazón, hay que triturar las fibras delicadas del sentimiento, hay que cubrir con fuerte coraza nuestra vida, y fuertes, erguidos, con la frente rozando a las nubes, responder al ataque con toda clase de armas, establecer la defensa con todos los medios conocidos, por reprobables que ellos sean.

Sí; si cambiando villanamente los conceptos, a la prudencia llaman cobardía; a la bonradez, chiflADURA; idiotez a la grandeza de corazón; locuras a las grandes concepciones de la inteligencia; sí, por otra parte, los asesinos son héroes; los ladrones patriotas; los que exprimen la sangre y maceran la carne del obrero, encarnación del Trabajo, verdadero y único dios, son calificados de humanitarios y caritativos; si los que frenan a la soberana facultad del pensamiento oponen los horores de la mazmorra, y frente al sacratísimo derecho de rebelión plantan la horca y el mauser, se adornan con el soberbio título de elementos de orden, entonces... ¡oh! entonces... mal que pese a nuestra sensibilidad, a nuestra bondad ingénita, resulta muy jurídica, muy humana, de una grandeza incontestable, esa terrible ley que llaman Talión, y que se sintetiza así: "Ojo por ojo, diente por diente." Y no es sólo la indignación lo que me hace escribir así, es también la reflexión pausada y serena, la observación psicológica de los hombres y de los hechos, el análisis de la sociedad en sus diferentes gradaciones y categorías, que constituyen la nueva ley de castas, más brutal, más antihumana, más inmoral que la de los Psaminéticos y la de los Faraones, porque sobre el cerebro humano y sobre la sensibilidad humana han derramado los siglos la savia del progreso, la conciencia de la responsabilidad, la lluvia de oro del amor humano, del reconocimiento de la solidaridad social: el sentimiento del humano valer rebajado por los sátrapas a conceptos de la más denigrante animalidad.

Sí; no es necesario ser un filósofo, ni científico, ni superhombre, para conocer cuán errado, cuán infamante, cuán caótico es el camino que han hecho seguir a la humanidad los encargados arbitrarios de la ruta; no es preciso ser inteligencia de primer orden ni hacer estudios especiales para conocer la monstruosa contextura social, cuyo veneno, que parte de lo alto, se infiltra por las capas inferiores emponzoñando el ambiente, atrofiando cerebros, agostando corazones.

Los mil inconvenientes de la vida diaria; los mil detalles nimios pero molestos que excitan nuestros nervios; el contacto con la sociedad en general; el roce con ese bajo mundo del orden y mando, y de la burocracia, que se extiende desde el incivil aguacilillo hasta la más alta representación del Estado; el trato asiduo con nuestros compañeros de esclavitud, nos enseñan mas, infinitamente más, que toda la ciencia social y que toda la ciencia del derecho hablada y escrita, que todos los labios elocuentes y que todas las doradas plumas.

¿Todos somos culpables?... ¿Quién osará lanzar la primera piedra? El tirano opresor no es más cobarde que el miserable oprimido; el desahogado catequista no es más hipócrita que el egoísta catequizado; el voraz ladrón de la sangre del trabajador no es más culpable que el perro que lame su látigo; los sostenedores del *orden social* no son más responsables que la manada de esclavos que les obedecen y que les encumbran. ¿Ignorancia? ¡Basta!

El libro de la vida, las lecciones de la experiencia, nos dan conocimiento exacto del derecho humano; la dignidad, la fortaleza, el sentimiento de la justicia, que no son dones sobrenaturales, nos dan la norma, la pauta, el camino a seguir, para lograr las reivindicaciones propias, legítimas, inalienables e imprescriptibles, que no corresponden a los cuadrúpedos ni a los reptiles, pero sí a los hombres que son dignos de tan excelso nombre.

¿Y qué más? ¿Qué más? ¿Por qué cada hombre no es dios, cada palabra de cada hombre un vehículo de sus sentimientos, cada acto de cada hombre un trasunto del de la Verdad, de la Justicia, de la Moral y de la Belleza? ¡Uf, humanidad putrefacta!...

El más endeble de los hombres, el más insignificante de tus adheridos, lanza a tu feo rostro el salivazo de su desprecio ¡Infame!... ¡Maldita!...

¿Rompo la pluma? ¿Escribo más? Sí... Es necesario escribir; es necesario decir a la inmunda sociedad de las alturas, a la estúpida sociedad de las bajas capas sociales, que por igual son culpables de las infamias humanas, de la hecatombe universal que a unos hace víctimas y a otros verdugos, y a todos raíces secas que riegan su vivificante jugo de esquelético cuerpo social.

JOSÉ ARRANZ

París. *(Continuará.)*

La Comisión pro amnistía nombrada en reunión de delegados de sociedades obreras convoca a éstos y a cuantas entidades obreras deseen adherirse a tan justiciera campaña a la reunión que se celebrará en el Ateneo Sindicalista, calle de Poniente, 24, 2.º, a las nueve y media de la noche del día 11 del corriente.

La libertad de los presos por cuestiones sociales requiere el apoyo de todos.—LA COMISIÓN.

DESDE BUENOS AIRES

El problema del hambre

Donde la miseria se arrastra por las calles indiferente y vencida, falta la conciencia y la virilidad peligra; el hombre se transforma en bestia; ni le importa el mal ni reacciona contra su dolor.

La República Argentina, ensalzada patria de todos los necesitados, sufre actualmente este proceso doloroso de la miseria proletaria: el barniz superficial sobre la prosperidad nativa ha desaparecido al fin y los hechos—legiones de hambrientos que vagabundean por los campos y ciudades—muestran bien claramente la situación desesperada del trabajador argentino y la perspectiva aterradora que la nación ofrece al inmigrante.

El hambre acosa al pueblo; lo que para periodistas venales y estadistas aristócratas significa crisis, es desde hace tiempo para la enorme masa de desocupados, honda, bárbara y desconsoladora miseria.

Una lógica razón de consecuencia nos hubiera hecho creer que frente a este problema urgente para la clase trabajadora, los en ella siempre interesados con aparentes visos de franca sinceridad, dando a esta situación el valor que se merece por su acción esterilizante entre las masas obreras y por sus fatales derivados en el mañana, harían suya la causa de la miseria y plantearían al Estado el ineludible conflicto: la existencia de dos instituciones netamente obreristas que vindican para sí la representación única y verdadera del gremialismo argentino, no autorizaba esperar de ellas una actitud salvadora y oportuna; no lo sido así, sin embargo; una y otra y con ella ese mismo elemento que en su plan de acción abarca todos los problemas sociales, han callado vergonzosamente, librando al pueblo menesteroso en su triste hora de angustia, al criterio antojadizo e ineficaz de la iniciativa estatal.

Cuando creimos que los eternamente defensores de los derechos populares, alzándose junto al montón informe de obreros sin trabajo, exigirían al capital y al Estado pan o labor, concitando en su efecto a la expropiación lisa y llanamente, sin ambajes ni eufemismos, la despreocupación negligente y el silencio cómplice han venido a prorbarnos que en los tales hombres y organismos o falta sinceridad y conciencia o la desorientación más absoluta los envuelve.

¿Con qué derecho instituciones federativas pueden pedirle solidaridad en los momentos de lucha a ese conglomerado que hoy se empuja a un aislamiento inconsciente? ¿El hambriento de hoy que mañana suplante al trabajador rebelado es simplemente un traidor, cuando cediendo al infortunio de muchos meses gana el pan de la infamia?

Si alguna vez deben probar su virtualidad y desarrollar su acción social los organismos federativos, es ahora que, colocado el operario por la avaricia capitalista frente a su condición de paria, sencillamente horrible, despertaría a una vida consciente lanzándose tal vez a una empresa que nadie puede prever en sus límites y alcances.

Hojas revolucionarias y entidades gremialistas han permanecido en indiferentismo conservador; tócanos por lo mismo encuadrarnos dentro de una moral de circunstancia, hablando a los desocupados con la valentía y sinceridad que nos informa. Si la holganza forzosa es una imposición de los capitalistas, la rebeldía es un derecho, más que un derecho, un deber proletario. El trabajador que sujeto los doce meses del año al yugo de la tarea que su patrón le impone se halla un día con la puerta del taller cerrada hasta que el capricho o la visión de una feliz ganancia fuerce a abrirla, puede, debe en defensa de su hogar y su vida amenazada proveerse de alimentos y comodidades necesarias de la manera que le sea posible. Asesino de sus propios hijos es el padre que deja que estos perezcan en la indigencia espantosa del hambre diaria; cobarde y cruel consigo mismo es el que, cediendo a las insistencias del casero, abandona la habitación estrecha y cara que, cuando cobró jornales, pagó religiosamente.

Repletos están los mercados y almacenes de frutos. 24.000 casas vacías existen en la capital solamente, donde ante sí y porque sí, debe de instalarse toda esa incomensurable multitud sin albergue que ambula día y noche por las avenidas y paseos.

Es una toma de posesión que no ya un ideal de justicia, sino un alto concepto de conmiseración hamana nos impone aconsejar se practique. Si los 120.000 desocupados que hoy embellecen a Buenos Aires aparecieran un día instalados en las viviendas particulares y edificios nacionales—colegios, universidades, cuarteles deshabitados, etc., etc.,—¿qué fuerza, qué autoridad democrática o conservadora se atrevería a desalojarlos violentamente?.

Si mañana el pueblo se lanzase a la calle y expropiase, hambriento, los comestibles acumulados que su boca ansía ¿qué poder rescataría de sus manos la cosecha heróica? ¿que juez se atrevería a condenarlo?

Obreros sin trabajo de la capital; hambrientos de toda la República; congregaos en las plazas, y conscientes de vuestro derecho a la vida, pedid que se ocupen vuestros brazos; mas si fercaz es la negativa rebelada, el Estado y con él la burguesía responde a vuestra solicitud con el desprecio, fiaos a vuestras propias fuerzas, y dad a vuestros hijos el pan que os piden y a vuestras necesidades justo desahogo.

¡Antes que perecer de hambre, rebelaos!

¡Pan o trabajo!

LOS OBREROS PANADEROS

Buenos Aires, febrero, 1914.

Por los presos

Trabajadores: todos en un momento de suprema rebeldía emprendimos campaña contra unos miserables que abusando de su poder y fuera de toda razón reclutaron en un calabozo a un compañero de causa y prisión. Acudimos a la prensa diaria y hemos sido atendidos, acudimos al ministro de Gracia y Justicia y a la «Liga de defensa de los derechos del hombre», y a pesar de todo esto, nuestros esfuerzos se estrellan contra la parcialidad, o mejor dicho, complicidad de los altos poderes en contubernio con nuestros verdugos.

Hemos denunciado abusos, atropellos, vicios de administración, estafas, y nadie ha aparecido para que lo confirmemos, en vista de lo cual los cogoneros de Santamarina se atreven a decir: (palabras textuales de un empleado de esta cárcel) «cuando pase esta marejada ya les haremos entrar en cintura con el vergajo». Y como estamos convencidos de que daño su negra historia son capaces de cumplirlo, lo hacemos público, no por miedo a las amenazas, sino para que vean todos que hemos hecho por nuestra parte lo posible para evitarlo. Como los ánimos están excitados, y como se trata de buscar un conflicto echando tierra al asunto, no exigiendo responsabilidades, ni a los jefes de esta cárcel que octen tales atropellos ni a la Audiencia que los consiente, será probable que quieran reproducir los hechos de Figueras, Ocaña, Pola de Lena, etc., por ser esto el sueño dorado de los empleados de prisiones.

Cuando ocurran hechos que chorreen sangre y acumulen años de presidio, como la defensa es permitida, que no se diga que los atropellados no han buscado medios para evitarlo.

Trabajadores todos; tened fija la vista en la cárcel de Huelva, que contra compañeros vuestros víctimas de un complot de la compañía de Riotinto van directamente los tiros.

Salud y emancipación os desean, *Tomás Carbajo; Millán Moreno; Francisco Pascual, Francisco Torres.*

Cárcel de Huelva, marzo de 1914.

CARACTERÍSTICA DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA

Una reforma es siempre un compromiso con el pasado, se limita a modificarle más o menos; mientras que una revolución planta siempre un jalón para el porvenir; por pequeño que sea, el progreso cumplido por la via revolucionaria, es una promesa de otros progresos. El uno se vuelve hacia atrás, el otro mira hacia adelante y va más allá de su siglo. Toda la historia prueba esto, que es lo que acaeció cuando la Revolución de 1789-93.

Por burguesía que fuera la Revolución en lo que respecta a sus resultados, ella fecundó el germen del Comunismo y de la Anarquía en el seno de la sociedad moderna. Los que en la actualidad quieren hacernos creer que la Revolución no tenía otro objeto que abolir los últimos vestigios del feudalismo y de limitar la autoridad real, dan prueba de ignorancia o de mala fe. Un pueblo entero no se aiza por tan poca cosa: no se pone en rebeldía abierta durante cuatro años, con el sólo fin de abolir una institución moribunda o de cambiar el gobierno. Para que una Revolución tan considerable como aquella llegue a estallar, es menester que una oleada de ideas nuevas circule por las masas; que un mundo nuevo, basado en relaciones nuevas, en una moral nueva, en una vida nueva, se dibuje en los espíritus.

⁂

Analícense, en efecto, los escritos de Diderot, de Rousseau, y aun los de aquellos que, como Sieyés y Brissot, hicieronse más adelante los defensores jurados de los derechos adquiridos por la burguesía; se verá que están imbuídos de socialismo, mejor dicho, de comunismo, y se comprenderá que la palanca que levantó al pueblo francés y le dió la energía necesaria para luchar contra los ejércitos de fuera y de dentro, fué una visión de porvenir comunista.

La misma fórmula de *Libertad, Igualdad, Fraternidad*, que no era una frase vana en aquella época—morlase por ella,—dijo bastante lo que el pueblo francés veía en la Revolución.

En efecto, las ideas de los precursores de la Revolución podrían servirnos hoy todavía de programa. Diderot, en sus obras, al menos, sino en su vida, fué profundamente anarquista. Rousseau saca su fuerza y su inmensa influencia de sus aspiraciones comunistas. Si, no obstante su crítica soberbia de las modernas sociedades, cayó lastimosamente en un ideal de república suiza, él fué quien negó el derecho a apropiarse del menor trozo de terreno; él fué quien se atrevió a decir que un gobierno, cualquiera que sea, no sería justificable a no componerse de ángeles, es decir, de seres que no existen. Y el mismo Sieyés, ese futuro agente de la burguesía ¿no negó el derecho de propiedad? ¿No dijo Brissot que era un robo? ¿Y no propagaron un hálito de comunismo en centenares de folletos, toda una serie de escritores menos conocidos?

Y justamente este hálito de comunismo fué el que animó a las masas.

⁂

La leyenda consagrada representa al 14 de julio como una revolución contra la tiranía real. Pero se olvida de decirnos que el 12 de julio el pueblo de París quemaba las oficinas de consumos, que el 13 comenzaba a despojar a los ricos, y que si la burguesía se apresuró a armarse, lo hizo tanto contra los parias como contra el rey. Para resistir a los que llamaban "bandidos", organizó su milicia en las capitales de provincia inmediatamente después de la toma de la Bastilla.

"—¡Los bandidos vienen, al arma!"—tal fué el grito que resonó de un extremo a otro de Francia.

Ahora bien: ¿quién eran aquellos bandidos a los cuales los burgueses hacían la guerra y que ahorcaban soberanamente? Los bandidos eran los socialistas, los anarquistas entonces, era la masa de los parias de los campos luchando contra sus señores, nobles y burgueses.

Y más adelante, los que Mignet designa en su historia con el nombre de *anarquistas*,—como se ve la palabra es vieja,—eran también el pueblo, la masa, que, en presencia de las medidas antigualitarias, anticomunistas de la Constituyente, de la Legislativa y de la Convención, recomenzaba la sublevación de las ciudades y en los pueblos proclamaba la "Commune", se apoderaba de las provisiones, ahorcaba los acaparadores, requisaba a los burgueses y mantenía el estado revolucionario.

⁂

Nuestros abuelos eran comunistas Cierto que sus ideas acerca del asunto eran muy vagas. No habían formulado los rasgos esenciales de una sociedad comunista, y se dejaban arrastrar a medidas igualitarias en cuanto a la forma, pero que encerraban en sí el germen de futuras desigualdades. Salidos de la servidumbre, proclamaban la libertad completa del individuo, olvidaban el lazo de solidaridad que debe unir entre sí a los hombres libres. La aspiración era confusa todavía, pero su esencia era comunista.

Aboliendo los últimos vestigios del feudalismo, los aldeanos creían proclamar la nacionalización del suelo, el derecho de cada cual a cultivarle, el deber para todos de asegurarse mutuamente la vida y el trabajo.

Aboliendo el señorío y la veeduría, así como los derechos de las ciudades sobre los campos, los trabajadores afirmaban el derecho al bienestar para todo trabajador. La Commune con que soñaban sin encontrar palabra para expresar su pensamiento, era la "Commune" de los iguales, unidos en un trabajo común.

El pueblo dueño del suelo, el trabajador dueño de los útiles, y la "Commune" organizadora por sí misma de su trabajo y de su consumo, tal fué, sin duda alguna, la idea que inspiró a los revolucionarios de 1793. Concepción vaga, demasiado vaga para encontrar formas reales, y sin embargo poderosa. Es con frecuencia encontrada en los discursos de los oradores populares de aquella época.

Y cuando vieron lo poco que la realidad se asemejaba a sus sueños, cuando se percataron de que habían sido engañados, los proletarios organizaron sociedades secretas, a sabiendas comunistas; ejemplo: la sociedad de Babœuf.

Pero era ya demasiado tarde; el último esfuerzo de la Revolución ya agonizante, no dió ningún resultado.

⁂

La gran Revolución legó su herencia a la posteridad. Francia cayó bajo el talón de un bandido. Surgió al punto el terror blanco, más cruel en otro sentido que las sangrientas jornadas de 1793. Pero la semilla estaba echada y al cabo de cincuenta años el comunismo renaciente lanzaba al pueblo francés a una nueva revolución, la de 1848.

Y el comunismo dió también la vuelta al mundo. Buscó su fórmula en Roberto Owen, Fourrier, Saint-Simón, los revolucionarios de 1848, los Congresos de La Internacional. La herencia de la Revolución se acrecentó. Y el siglo actual llevará probablemente en la historia el nombre de siglo del socialismo naciente.

El último resorte que dió a nuestros abuelos la fuerza de resistir a la coalición de los conjurados del interior y del exterior, fué ciertamente su aspiración a la igualdad de condiciones económicas. Y este ideal encuéntrase en el fondo de todos los movimientos, ya filosóficos, o bien populares, que después se han producido.

La idea madura se precisa, se completa al fin, para encontrar su verdadera expresión, prevista desde hace mucho tiempo, mas siempre olvidada, la del comunismo anarquista.

⁂

El ideal de las revueltas de 1789 a 93 era, no obstante, muy vago. El campesino no quería que se le quitase la mitad de la cosecha; no admitía que un holgazán fuese propietario del suelo que el, labriego, no quería sino poder cultivar. Veía que las tierras en otra época poseídas por toda la comunidad, pasaban a manos de los señores y que la ley sancionaba este bandidaje, cual lo sanciona todavía en Inglaterra. Reclamaba estas tierras sin preguntarse de qué modo la "Commune" las repartiría cuando se tornasen propiedad comunal. Así es que no fueron recuperadas (en parte), sino para pasar a manos de las negras bandas de burgueses. Y mientras los burgueses del campo se enriquecían, los propietarios campesinos, quedaban después de la Revolución tan pobres como eran antes.

Por otra parte, los trabajadores de las ciudades se rebelaron contra la especie de feudalidad burguesa que los explotaba; pero también sin saber lo que pondrían en su lugar. Sólo más adelante, a medida que fué creciendo la Revolución, vióse dibujarse en ellos un vago ideal de "Commune" comunista, obligada a proporcionar el sustento de los trabajadores, procurándoles trabajo, aboliendo las desigualdades de fortuna: la *igualdad de fortunas* se hizo la consigna de los proletarios urbanos. "Pero ¿cómo esa igualdad de fortunas podría realizarse? Pues bien, se guillotinaría a los ricos, se pondría a los descamisados en el Municipio, en la Convención." Tal fué la respuesta la única respuesta que cupo dar al pueblo en aquellos tiempos. Y hoy, después de más de cien años, todavía se encuentra una secta de revolucionarios que impiden que el pueblo estudie las medidas que se han de tomar contra los explotadores, gentes que quieren que el pueblo guillotine sin cesar, mientras que ellos ¡imaginosos! buscarán más adelante las soluciones económicas.

Y se guillotinaba en 1793. Ricos y pobres, nobles y lacayos, reinas y princesas, subieron al patíbulo. Pero, por cada aristócrata que se guillotinaba, surgían diez burgueses, tan malos, más malos aún para la plebe que el señor decapitado.

Y las negras bandas de burgueses recién nacidos saqueaban la Francia.

Y el agio, ejercido impunemente, hacía tales palideciar las fortunas de los ricos de antes. Los Rothschilds hacían de ellas los cimientos de sus futuros bancos.

El pueblo purificaba la Convención y la "Commune" por la guillona; llevaba a Marat en triunfo y decapitaba a los girondinos. Pero sin más resultado que hacer sitio, dejar el campo libre a aquellos a quienes desde entonces se llamaba "los sapos del pantano"; aquellos feroces terroristas se transformaban en patriotas bajo el Directorio, en senadores bajo Bonaparte, y nos gobiernan todavía con el nombre de oportunistas, de liberales, de radicales.

PEDRO KROPOTKINE

Por la Enseñanza Racionalista

El Centro Obrero Agrícola de Fuenmayor (Rioja) a las organizaciones obreras y a todas las entidades progresivas.

Compañeros y amigos: Salud. Nos dirigimos a vosotros en demanda de solidaridad material para una obra grandemente altruista y humanitaria que tenemos emprendida y en vías de realización; para la que, si bien nos sobran firmeza, decisión y voluntad, faltanos un elemento indispensable, aunque funesto en la actual organización social: el dinero.

Tenemos adquirido un terreno excelentemente situado cerca de agua, y sin abundantes en las afueras de esta villa, donde proyectamos establecer nuestro domicilio social para agrupar en esta nueva Casa del Pueblo a todos los esclavos del salario, los únicos productores de la inmensa y afamada riqueza agrícola de esta comarca, para que por medio de la unión, la razón y la cultura vayamos arrancando las mejoras materiales a que tenemos innegable derecho, y preparando las conciencias de todos para la inevitable y dichosa transformación social que asegurará a los hombres el pan, la libertad y la justicia.

Si redondura es esta parte de nuestra empresa, resulta pobre y desmedrada ante su complemento natural y grandioso: la liberación de nuestros amantísimos hijos, los hombres del porvenir, por la educación racional. Vamos a edificar en el ya citado solar una Escuela Moderna con todos los adelantos de la Pedagogía y la Higiene.

Os suponemos lo suficientemente enterados del significado de este sistema educativo para no caer en la tontería ultramontana de considerarlo como un cubil de asesinos y dinamiteros. Es por el contrario, como sabéis, el avance más seguro que pueda hacer la humanidad en su marcha incesante hacia la perfección.

El terreno reune inmejorables condiciones. En 800 metros superficiales estableceremos el edificio, con pequeños gabinetes de física, química y ciencias naturales, cuarto de baño, retretes inodoros, un diminuto invernadero, talleres para trabajos manuales, jardín para recreo y una parcela para experimentos de agricultura elemental.

Vamos a establecer, quizá por primera vez en España, la educación integral, armónica y razonada, que partiendo de lo sencillo y marchando hacia lo complejo, en comunión constante con la madre Naturaleza y auspiciados por la ciencia y el amor haga de nuestros hijos los hombres dignos, fuertes y sinceros que hacen falta para poner a la especie humana en paralelo moral con sus asombrosos adelantos materiales.

Henchidos del entusiasmo reflexivo que conduce al triunfo, emprendemos nuestra marcha. Hermanos y amigos ¡venid en nuestra ayuda!

Fuenmayor 20 de Febrero de 1914.

Nuestro ideal anarquista

Nuestro ideal anarquista no es una utopía, como pretenden reaccionarios y tiranos de todos matices; no es un sueño de ilusos, como quieren hacer creer con sus dogmas, supercherías y absurdas creencias los que, adaptados al medio ambiente, siguen el conjunto de prácticas rutinarias; no es irrealizable, como pretenden sus adversarios. La anarquía será una realidad. Cuanto más feroz y cruel sea la opresión de los tiranos, su actividad y fuerza creadora arraigará más hondamente en el espíritu de rebeldía de la masa popular. La anarquía es la imprescindible necesidad de los métodos de vida que recorre la humanidad, inherentes a la Naturaleza y en consonancia con los principios de Libertad, Fraternidad y Solidaridad.

¿Qué importan los diques que se opongan para matar nuestro ideal? Nada. El ideal no muere, es imperecedero, y estos obstáculos sólo serán acicate para darle más fiereza y empuje. Cual manantial inagotable, forma ambiente vivificante y racional, por todas partes va extendiéndose, intensificándose a la faz del mundo entero y anuncia los presagios de los nuevos senderos de la sociedad emancipada de todo tutelage: Política y Religión.

Nuestro ideal anarquista es esencialmente dentro necesaria de las ciencias naturales, que constituye la sintética de la filosofía moderna, es la savia regeneradora que extirpa las causas de nuestro malestar y, con su higiene depuradora hace desaparecer los sofismas y engaños, balumba de errores y preocupaciones de que está impregnada y saturada la humanidad.

¡Anarquía! Ciencia y científico ideal de justicia y humanidad; que la cuadrada aspiración de la masa hambrienta y oprimida, de la masa irredenta, explotada y desheredada. Anarquía es la fraternidad positiva y la solidaridad práctica que indisolublemente une a los hombres con la reciprocidad de derechos y deberes, trabajando cada uno según sus fuerzas y consumiendo según sus necesidades.

En todas partes el trabajador se consagra a su implantación; surgen todo género de agrupaciones libres que, en prodigioso desarrollo, marchan evolucionando hacia el ideal redentor de la acracia. No está lejano el día en que esos anacronismos sociales serán barridos por los fecundizantes rayos de luz de la aurora anárquica. Mal que le pese a esa falange de hipócritas que, con su impudicia, pretenden desprestigiar al hombre que lucha por tan noble y elevado ideal; mal que le pese a esa amalgama de tiranos y explotadores y a esa recua de farsantes, nuestro ideal derrocará su viejo mundo de injusticias y privilegios y el orden presente de esta perversa y villana sociedad.

Nuestro ideal anarquista nos indica el camino que hemos de seguir para alcanzar nuestra reivindicación. Anarquía significa ausencia de todo gobierno, de partido, secta o religión. El gobierno es el origen de las irritantes desigualdades que sufre la humanidad, es el baluarte de ese político capitalista que nos absorbe y el patrocinador de los intereses de la burguesía, aristocracia y plutocracia, y en tanto exista una forma de gobierno no desaparecerán las guerras fratricidas, el odio de razas, la división de clases y esa antinomia de leyes que nos encarcelan y matan. Sólo en la sociedad anarquista llegaremos a disfrutar de una vida plena, exhuberante, natural y racional porque no habrá esos inútiles, improductivos, que absorben el jugo de nuestra vida; no habrá amos ni tiranos que nos manden; entonces el hombre será capaz de regirse conforme a los dictados de su conciencia.

Nuestro ideal anarquista no es la bomba ni el puñal, como pretenden sus adversarios; es altamente humano, justo y racional. Es eminentemente revolucionario porque se rebela contra todo lo inhumano, contra todo lo desigual, injusto, cruel y despótico. Y cuanto más fuerte sea la persecución de los gobiernos microcéfalos para matar nuestro ideal anarquista, con más rapidez se acelerarán y precipitarán hacia el abismo de su muerte y hallarán sus límites en la conciencia popular.

Nuestro ideal está en marcha; la aurora anárquica ilumina en todas partes y pronto será una realidad la nueva vida de la acracia que nos hará libres, felices e iguales a todos.

JOSÉ BEYA

Palafrugell, 23 marzo 1914.

Contestando

Leí en *El Socialista* número 1.759, en la sección de firmas contra la guerra, una carta firmada por Pío Virián y Leopoldo Andueza, remitiendo 252 firmas, de todos los españoles residentes en este pueblo, excepción de un individuo que se pasa la vida buscando la cuadratura del círculo y que con todo el cinismo de su inconsciencia nos contestó: "Mi firma no la doy mas que para la huelga general", y que sabrán hacer una excepción en todas las iniciativas que tomen en favor de los oprimidos.

Decís que son las firmas de todos los españoles excepto la mía; yo os digo que es mentira, porque se de muchos que no les habéis dicho nada y por consiguiente no firmaron, a no ser que hayáis hecho como quisisteis hacer con uno que estaba trabajando y preguntasteis que quién quería firmar por él y os contestaron que nadie, porque no tenían autorización para ello.

Decís que paso la vida buscando la cuadratura del círculo; sí, es cierto, yo quiero una sociedad en la que no existan gobiernos, leyes, explotados ni explotadores; donde seamos todos iguales y todos trabajemos para nosotros mismos, sin pensar en el mañana, tan odiado por el obrero.

Quiero una sociedad donde brille el sol de la Libertad, Amor e Igualdad.

Y decís que con todo el cinismo de mi inconsciencia os contesté que mi firma no la doy más que para la huelga general.

¿No será mayor cinismo ayudar a comerciantes delatando a los obreros que deban y no puedan pagar, teniendo que emigrar de este pueblo en busca de mejoras?

¿Sabéis por qué no firmé? Porque estoy convencido de que la política es una farsa, para que unos cuantos vivan a costa de nuestro sudor, y que no es arrastrándonos a la burguesía como hemos de conseguir nuestra emancipación, sino que ha de ser exigiendo lo que por derecho propio nos pertenece, y solos, con nuestra unión, sin directores que además de traicionarnos se llevan una vida sin trabajo ni fatigas a costa de nuestro sudor.

¿Queremos que la guerra de Marruecos se termine?

Exigiendo, no pidiendo, es como se consigue.

URBANO MARTINEZ

Dowlais.

Lección elocuente

En un tiempo sucumbían nuestros abuelos bajo la tiranía del clero y la nobleza. Pero, pensando un día que consagraban sus vidas al sostenimiento de sus tiranos, se reconocieron hombres y con un noble y generoso gesto de rebeldía derrocaron todas las castas y clases, pues reconocieron que de aquellas bárbaras instituciones emanaban todos sus padecimientos, todas sus miserias.

Mas aquellas luchas y aquellos triunfos no dieron el fruto apetecido, no [illegible] y afrontaran con su [illegible] valerosos héroes, sino porque faltaban las instrucción a aquellos luchadores (pues nunca la poseyó el pueblo obrero), confiaron el movimiento a seres enardecidos por su desclasificación de la riqueza, y aprovechándose éstos del automatismo de las masas y conocedores de su inconsciencia, lograron con supina habilidad que toda aquella sangre derramada por tanto para sediento de mejorar y ansioso de justicia, redundara en su propio y exclusivo provecho.

Esta es, debe ser, una grave lección para el proletariado moderno que se agita por redimirse, para que no se deje engañar por los nuevos profetas del foro político y no consientan jamás que entes extraños piensen por ellos y trabajen por sus intereses.

Pues sería una desgracia para el obrero si tal hiciera y constituiría una vergüenza más en los fastos de la historia de la emancipación obrera.

Sirviéndonos esto de lección y para impedir que los nuevos desclasificados de la burguesía que ahora nos predican como fogosos revolucionarios se aprovechen, como ayer lo hicieron, de este potente resurgimiento proletario, precisa que nos instruyamos en los acontecimientos históricos y obremos, cuando el caso llegue, con propia iniciativa.

No olvidemos que "la emancipación de las trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos".

TOMÁS QUILFS

Pedralva, marzo de 1914.

DE PROPAGANDA

EN CORIA DEL RIO

El domingo, día 22 de marzo, nos dirigimos mi compañera, mi hija Paca y el que estas líneas firma al próximo pueblo de Coria del Río, en donde celebramos por la noche un mitin de propaganda societaria y sociológica.

La concurrencia fué numerosísima, pues además de los trabajadores de Coria, muchos de ellos acompañados de sus mujeres e hijos, vinieron de los vecinos pueblos de Palomares y La Puebla numerosos obreros campesinos, siendo el espacioso local del teatro donde celebramos el mitin insuficiente para contener a cuantos quisieron asistir.

Este pueblo de Coria estuvo hasta hace poco dominado por políticos, los cuales sólo proporcionaron a los trabajadores desengaños.

Los que fuimos a celebrar el mitin nada pedimos ni nada prometimos, por lo que nunca podrán considerarse por nosotros engañados; lo único que hicimos fué exponer las doctrinas sindicalistas para que, prestadas a recurrir a la asociación, adopten esa modalidad del societarismo antipolítico y de acción directa, con la que, sin jefes ni intermediarios, procuren defender sus intereses.

También expusimos